

tación ilusoria del mundo; ideológica, que pertenece a la superestructura y sólo será abolida con el advenimiento del socialismo.

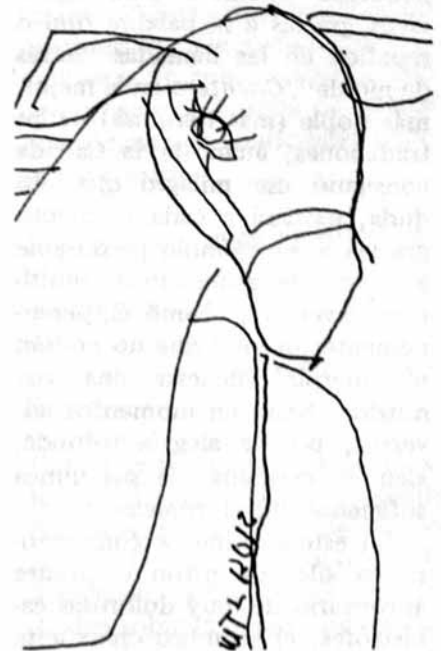
Feuerbach en *La Esencia del Cristianismo* señala que la esencia del hombre es la conciencia que tiene de lo infinito, de lo desconocido, de lo trascendente; y la religión no es más que la conciencia que tiene el hombre de su esencia no finita o, para decirlo con sus palabras: “. . . . en el ser infinito, que es el objeto de la religión, el hombre ve como objeto sólo su propio ser infinito”. Así, cada esencia es bien infinita *en sí y para sí*, lleva un Dios, su ser supremo en sí misma. No porque el hombre posea una conciencia objetiva y racional de ello, sino porque es inherente a la condición humana; de esta oscura conciencia de la infinitud —del abismo, de lo sin fondo, del caos cósmico diría Castoriadis— nace el sentimiento profundamente religioso de los hombres. De ahí, que en todos los tiempos, la humanidad trate de ocultarse en este abismo e infinitud detrás de una serie de significaciones imaginarias; es decir, “el mundo real” se define y organiza mediante estas significaciones imaginarias sociales. Estas significaciones —señala Castoriadis—, viven en relación con preguntas a las cuales nunca se podría proporcionar ninguna respuesta “objetiva” o “racional”. La respuesta ha sido dada en cada ocasión por ese

conjunto de creencias instituidas que llamamos religión. Porque así como el individuo no puede reconocer el abismo, la infinitud que existe en sí mismo, tampoco la sociedad puede, no ha podido hasta ahora, reconocer y reconocerse en este abismo. La religión cada vez, imaginariamente, un origen o causa y un *por qué* que es finalidad o destino. Como origen le asigna una genealogía, una familia, un país, un medio social, a fin de que pueda encubrir y desconocer el núcleo abismal, el caos que él es en sí mismo, olvidar que nunca podrá ser reducido a ningún origen, que *es*, como ha dicho también Jorge Luis Borges, *el otro*, diferente del que es.

¿Hasta cuándo tendrá la humanidad que ocultarse del abismo del mundo y el suyo propio detrás de significaciones imaginarias? La respuesta no podrá ser formulada, si es que puede serlo, sino simultáneamente en el plano colectivo y en el individual. Y aquí, una vez más, la idea de que las significaciones sociales son, en su ser así definidas, necesarias, ha ido pareja, a los procesos históricos sociales que le han dado origen y finalidad. Por ello, conocer la evolución de estas prácticas y creencias religiosas en sociedades étnicas como Zongolica, como lo ha abordado Aguirre Beltrán en su libro, nos permite acercarnos y entender cómo el hombre y la sociedad descifran y construyen su destino personal y colectivo,

definen y preservan sus cosmovisiones del mundo y sus antepasados, su destino y futuro.

Manuel Uribe Cruz

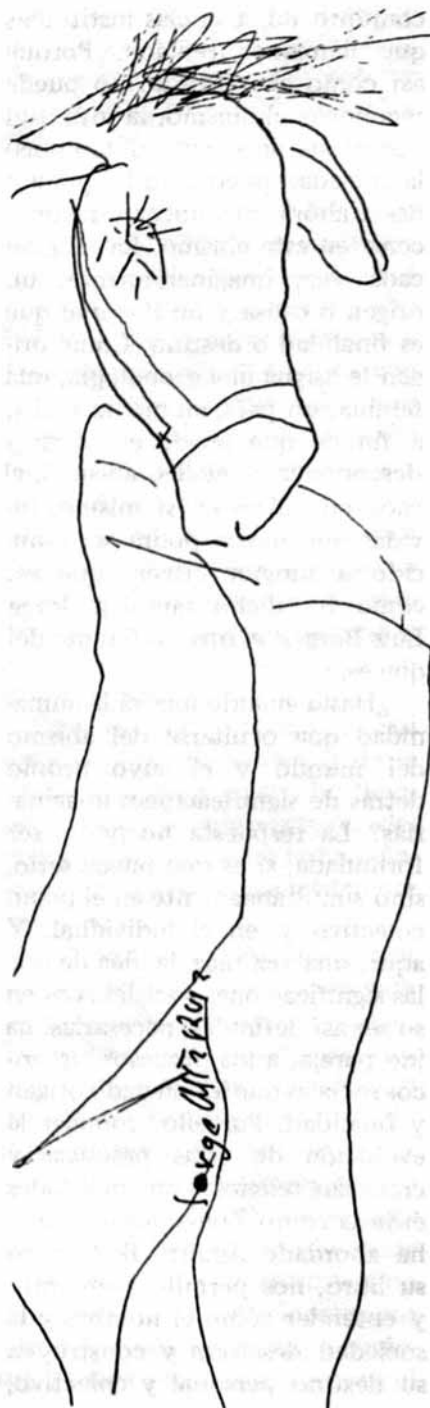


De todos modos Juan te llamas

No por esperada e inevitable, la noticia de la desaparición física de Juan de la Cabada (Campeche, septiembre de 1902-México, D.F., septiembre de 1986) provoca el estupor, el desconcierto, la incertidumbre de que *algo* faltará para que nuestra historia personal alcance provisorio punto definitivo, de que *alguien* no podrá seguir contando la biografía de un país que se escribe cotidianamente, puesto que nuestra muy individual narra-

ción y los sucedidos conformantes del ritmo vital de una entidad son equivalentes y a todos nos conciernen, nos afectan, nos inquietan, nos conceden poderoso estímulo para seguir vivos gracias a la palabra oral o repetida en las llamadas "letras de molde". *Cuentero* en la mejor, más noble (más hermosa) de las tradiciones, Juan de la Cabada consiguió ese milagro que, sin duda, existirá a cada momento gracias a su ejemplo perdurable a través de generaciones múltiples, diversas y, como él, perennemente jóvenes; que no podrán ni querrán silenciar una voz nutrida, hasta en momentos adversos, por la alegría rotunda, siempre confiada, de sus nunca suficientes días terrenales.

En este año que se conmemora en silencio gritón el primer aniversario de muy dolorosas catástrofes, el asombro crece ante el repetido recuento de nombres que literalmente, saben del paso a tratados especializados sinónimos de memoria que no desea ser porosa para el olvido: así en 1986, las letras mexicanas, a diez años del fallecimiento de ese otro astronauta genial que es José Revueltas, han sido arrebatadas de la presencia tangible (y aquí se permite la cita improvisada) de Juan Rulfo, Rubén Salazar Mallén, José Miguel García Ascot, Carlos Isla, Renato Leduc, Mauricio Magdaleno y ahora —en septiembre, mes patrio que parece le gustó para llegar e irse—



Juan de la Cabada, siete días después de conmemorarse el año uno de un sismo conocedor de lágrimas incesantes. Inútil resulta apuntar, así sea de manera burda, que justo ahora se reconocerá el valor de de la Cabada gracias a laudatorios homenajes en que se reúnen la necrofilia, la ocasión de engalanarse con vestiduras mudas que no podrán intentar por esa soberana razón, la discrepancia, la rectificación, la respuesta a vocabularios groseros, incapaces de rendir pleitesía cuando se habita la patria de aquí abajo, más prontos a autocalificarse con superlativos, cuando el objeto y sujeto de recordaciones a destiempo ya no permiten incómodos estorbos (por ejemplo: yo lo ví. . . fue mi amigo entrañable. . . , compañero del mismo dolor o de causas nobles y sentimentales. . . , tuve el honor de que devorara mis obras completas. . . , fui asesor suyo en las buenas y en las malas, en cafés, bares, reuniones de toda índole . . . , mis lágrimas son más y están a disposición del respetable público, junto a los libros que me dedicó y las horas que ganó en mi muy apreciable compañía, etcétera. . .); en que se alían la obligada alabanza con la frase célebre, con el pretexto que ciertas fechas, denominadas "claves", cumplen función informativa que no anhela contagiarse de *smog* digno de la Torre de Babel.

No faltarán las casi exhaustivas remembranzas de los días terre-

nales que Juan de la Cabada transitó en la fundación de *El machete*; en las Brigadas Internacionales del lado de los republicanos españoles; en las luchas sociales a favor de México, Cuba, Nicaragua; en la amistad con Mella, Neruda, Siqueiros, Diego Rivera, Silvestre Revueltas, los camaradas todos del Partido Comunista e incontables más: en las ciudades y países en que vagabundó, batalló, echó raíces, amó desinteresadamente; en títulos rebasadores de editoriales o bibliotecas a fin de llegar a manos que son nuestras: *Paseo de mentiras*, *Incidentes melódicos del mundo irracional* (grafías musicales de Mario Kuri-Aldana; *La guaranducha*; en aventuras cinematográficas; (*María la voz*, Julio Bracho, 1955; *El brazo fuerte*, Giovanni Korporaal, 1958, pro-

ducción independiente cuyo “estreno” comercial fue dictado por una censura provocadora de infantiles carcajadas pero que no consiguió que su relato-guion dejara de publicarse por la Editorial de la Universidad Veracruzana, y que su música —firmada por el compositor Leonardo Velázquez— recibiera, en forma de suite orquestal, audiciones en disímboles salas, ¿y *Subida al cielo*, *La ilusión viaja en tranvía*, *Lola de mi vida*, tantos otros filmes?), o admitiendo ejemplarmente que su nombre —Juan se llama— presidiera el Premio Nacional de Cuento Infantil, instituido por el INBA y el Gobierno del Estado de Campeche; en la exigencia de justicia, solidaridad y compromiso con el pueblo, tarea a la que dedicó muchos de sus ochenta y cuatro años, truncados

por mortífera úlcera duodenal y pese a todos los obstáculos orquestados por conocidas “buenas conciencias”...

Ni modo, Juan: debido a trampas (que no pretendo disculpar) también incurro en tu recordación postmortem. Me gustaría que la recibieras no como epitafio, sino como parte de la serie de relatos que alguna vez anunciaste: *Campanas al vuelo*.

Juan Vicente Melo

★ ★ ★ ★ ★ ★ ★ ★

De cal y de arena

Con la entrega número 16 (textos de Octavio Paz y Vladimir Nabokov, un recuerdo de Miguel Bernal Jiménez al propósito de Stravinski, pensamientos de W.H. Auden sobre la ópera —no olvidar que a él se debe, entre otras páginas notables, el libreto de *La carrera de un libertino*—, poemas de Cernuda, Pound, Pessoa y disímboles autores mexicanos, la muy necesaria puesta al castellano de *La trampa de Medusa* de Erik Satie-fiel versión de José de la Colina, renglones de Federico Álvarez del Toro por sí mismo, un estudio de Gloria Carmona sobre Luis Sandi más la secciones habituales), la revista *Pauta* (Cuadernos de Teoría y Crítica Musical) celebró sus primeros cuatro años de existencia. Dirigida por el compositor Mario Lavista —que

